

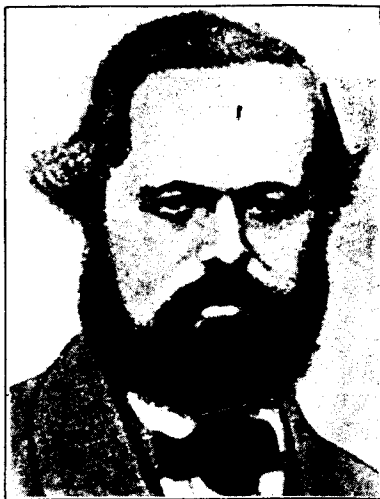
Los Desafíos del Socialismo Chileno

La vecindad de la reconstitución del socialismo chileno plantea, algunos problemas, no sólo a los militantes, sino a todos los que de una u otra manera nos sentimos ligados al movimiento popular y a sus peripecias; entre otros el del carácter y los límites de una renovación indispensable. En efecto, los tiempos cambian; las sociedades cambian; los problemas cambian. Los partidos, sujetos activos del acontecer político, deliberada o intuitivamente dan sus respuestas a las nuevas circunstancias en un continuo proceso de adaptación. Cuando la vida democrática se interrumpe, como ha ocurrido en Chile bajo la dictadura, se acumulan las presiones revisionistas, encaminadas a corregir los retardos y a tomar el paso de las nuevas condiciones. Entonces los partidos son apremiados y estimulados, a veces, a operar mutaciones traumáticas, que ponen a prueba su identidad histórica. Sólo una equilibrada combinación de principios fundamentales y de innovaciones razonables pueden preservar su presencia en el nuevo escenario con todo el prestigio de una tradición que les proporcione consistencia y credibilidad.

Mientras un partido se defina socialista no podrá omitir un esquema teórico que sirva de marco y referencia a su acción cotidiana, a menos que se busquen puras y simples posiciones de poder con la cobertura de un cínico pragmatismo. En este plano, como lo expresa la Declaración de Principios de su fundación, "el P.S. adopta como método de interpretación de la realidad el marxismo, enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos del constante devenir social". Una versión feliz en su brevedad porque significa asumir el marxismo como una teoría científica de la sociedad y de la historia y no como una "doctrina" de postulados eternos, al mismo tiempo que ofrece una percepción dialéctica de la realidad objetiva y reconoce al hombre un rol activo en la gestación de su destino. Una concepción, en suma, compatible con la fe religiosa; de ahí que distinguidos teólogos católicos no vacilen en utilizar las categorías marxianas en sus severos análisis de la sociedad capitalista. Abjurar de este compromiso intelectual, en nombre de una secularización del partido, significaría exponerlo a toda clase de contrabandos ideológicos y oportunos políticos.

Una cuestión diversa es, en cambio, el rechazo del "marxismo-leninismo" como escuela del pensamiento socialista. Como ha sido explicado en otro lugar, la fórmula se adoptó de modo subrepticio en la Conferencia de Organización de 1967 y fue ratificada después en el congreso de Chillán del mismo año, bajo la presión de una fracción extremista extraña a la personalidad histórica del partido (y con la ingenua tolerancia de algunos viejos dirigentes); del mismo grupo que impidió articular una firme colaboración constructiva del partido con el Presidente Allende. Fue aquella una fase ambigua en el desarrollo del Partido, apoyada en una decisión que no obedecía a ningún consenso real.

Igualmente forzada — y nos señalan que con parecida ligereza — se aprobó una resolu-



El marxismo, como teoría científica de la sociedad y de la historia, es un principio esencial del socialismo.

ción en el último congreso del sector dirigido por el compañero Arrate para solicitar el ingreso a la Internacional Socialista, lo que no envuelve, es cierto, el sometimiento a una disciplina externa institucionalizada, pero implica sí una elección de campo en el orden ideológico, del cual se mantuvo distante el socialismo chileno por más de medio siglo. La verdad es que para nosotros el desafío, en el plano intelectual y de la lucha política, fue siempre la elaboración de un socialismo latinoamericano, fuertemente condicionado por la ominosa presencia del imperialismo.

Es cierto; la gestión del régimen militar ha provocado cambios significativos en la estructura de clase de la sociedad chilena, dato indispensable para la reflexión política, así como es notorio el impacto del autoritarismo sobre la sensibilidad colectiva, generando una sustan-

La renovación del socialismo chileno no debe afectar sus principios fundamentales

cial revaloración de la democracia, colocada ahora como objetivo prioritario del movimiento popular. Es un resultado comprensible luego de dieciséis años de dictadura. Pero la exigencia de democracia no es un postulado reciente de la izquierda: a lo largo de las últimas décadas las fuerzas de avanzada estuvieron siempre en primera línea en las campañas por darle nuevas dimensiones a la participación democrática. Si alguna reticencia tuvimos frente a la democracia, ella se manifestó con referencia a la "democracia real" de los Somoza y los Stroessner, de las oligarquías y caudillos militares, de la OEA y la diplomacia interamericana, a esa "de-

mocracia", en suma, que sólo servía de etiqueta a gobiernos y regímenes espurios. En Chile mismo — donde mejor fructificó un sistema de libertades — pasamos, en tiempos no tan lejanos, por gobiernos apoyados en milicias privadas, de inspiración reaccionaria, y soportamos diez años de represión bajo el signo de la "Ley de Defensa de la Democracia".

La larga dictadura nos ha enseñado a concebir la democracia no sólo como un conjunto de normas para dirimir convencionalmente ciertos conflictos políticos y sociales, sino principalmente como expresión orgánica de la soberanía popular y portadora de todos los valores consagrados en los derechos humanos. Queda por comprobar el grado en que tal concepción ha penetrado en la mentalidad de quienes impulsaron o legitimaron el golpe del 73, enfrentados a una democracia que crece en su dimensión social y se extiende a la gestión de la economía.

Por otra parte, el socialismo obedece siempre al imperativo de realizar la justicia social, esto es, de emparejar las oportunidades. La falacia del mito neoliberal de la igualdad de oportunidades, en una sociedad caracterizada por las desigualdades de clase, se revela en toda su magnitud cuando en publicaciones del INE vemos que la faja del 10 por ciento más pobre de las familias chilenas ha incrementado sus ingresos, entre 1978 y 1989, en \$ 6.000 mensuales, mientras el 10 por ciento de las más ricas ha tenido un aumento de \$ 174.400 en el mismo lapso. ¡Un crecimiento 29 veces mayor! En la sociedad capitalista quien pertenece a la clase dominante tiene infinitamente mayores expectativas de vivir, de proteger su salud, de adquirir una profesión y una cultura, de tener acceso a la propiedad y a una existencia cómoda, que aquel que pertenece a las capas proletarias. La economía social de mercado no ha hecho más que profundizar la brecha entre ricos y pobres, agravando de manera brutal la diferencia de opciones. Es esta una verificación obvia que se halla en la raíz de la lucha de clases.

Ni la circunstancia de participar en una empresa nacional de rescate de la democracia, en el más generoso sentido de las palabras, ni el compromiso de colaborar con el gobierno de transición que surgirá de los comicios de diciembre, exime a los socialistas de su responsabilidad como partido de los trabajadores. Es esta calidad la que justifica su presencia en nuestro escenario y condiciona su conducta. Concebir el PS reconstituido como un partido interclasista, como simple partido de opinión, implicaría cancelar un rasgo esencial de su pasado. Y no es que hayamos inventado la lucha de clases o sus proyecciones en la sociedad contemporánea por una perversión especulativa.

La sola confluencia física de las dos principales corrientes socialistas sobre una plataforma de principios sería un factor decisivo para contrarrestar la ofensiva ideológica de las fuerzas conservadoras, terreno en el cual la izquierda da la sensación de replegarse, asilándose en un debate más inmediatamente político. Nos referimos a la difusión de doctrinas como la seguridad nacional y la economía social de mer-

cado, ideologías en cuanto ideas y teorías socialmente generadas por las relaciones de dominación entre las clases y que justifican esas relaciones proporcionándoles una "falsa conciencia", velando o disfrazando los aspectos más duros y antagónicos de la dominación para facilitar la aceptación de la situación de poder y la integración política y social.

En ciertos momentos la oposición de izquierda acusa una moderación excesiva con relación a los cambios proyectados una vez liquidada la dictadura y pareciera hasta compartir tácitamente las tesis de los ideólogos del autoritarismo en su obsesiva "satanización" del Estado y "sacralización" de las instituciones militares. Todo en nombre de una modernización que estaría reñida con lo que hemos conocido siempre como socialismo y estrechamente asociada, en cambio, con la mítica libertad del mercado. La verdad es que hace muchos lustros que el socialismo chileno ha dejado de creer en un Estado omnipotente y milagroso, mientras en el área comunista Yugoslavia ensayaba, ya en 1948, un tipo de economía con una amplia participación del mercado. La diferencia con el neoliberalismo reside en la promoción de las empresas de autogestión como sujetos dominantes de la concurrencia, en el sitio que ocupan los monopolios en el mundo capitalista. Nos parece, en suma, que el criterio correcto se expresa en este párrafo de la propuesta programática opositora: "En este contexto, estamos por la amplia utilización de los mecanismos de planificación para el desarrollo. La regulación de un sistema de economía mixta requiere combinar la planificación directa del sector estatal, la concertación con el sector privado y los trabajadores en materias de inversiones e ingresos y las políticas macroeconómicas que orientan el comportamiento del mercado".

La doctrina de la seguridad nacional, por su parte, tiene su centro en el poder militar, pero sus fines son eminentemente políticos. Bajo la apariencia de una óptima y suprema protección de los intereses nacionales radica en las Fuerzas Armadas una autoridad sobrepujada a la soberanía popular, en términos que el poder político civil queda subordinado en los hechos al vértice militar, dada la verticalidad jerárquica del mando de las instituciones castrenses. Naturalmente, un ordenamiento estatal de tales características no tiene parentesco alguno con la democracia ni tampoco con la defensa nacional racionalmente entendida. La integridad territorial y la soberanía de un país dependen, como lo sabemos todos, fundamentalmente del grado de unidad y cohesión de sus habitantes para enfrentar un peligro común, evidente o potencial, en tanto las teorías de seguridad nacional comienzan por dividir a su propio pueblo en adeptos al régimen que las invoca y enemigos destinados al exterminio.

Si bien es aconsejable una aproximación prudente al problema militar — como factor determinante del trayecto hacia la democracia —, nada impediría una sistemática campaña de esclarecimiento de tales ideologías y de sus perversas proyecciones en la convivencia nacional.

Raúl Ampuero D.

del momento 24/11/89